

le verbe, La Fontaine batió las palmas y exclamó: ¡Bravo! ¡dichoso vos! daría la mejor de mis fábulas por haberlo hecho yo. Después se discutió largamente en la corte, en la Academia y en los círculos, sobre si debía decirse *De Styx et d'Acheron peindre les noirs torrents*, ó *Du Styx, de l'Acheron peindre les noirs torrents*.

Cuando se consideraba la corrección mérito supremo, no es extraño que el genio gimiese encadenado, y que hubiese más arte que entusiasmo, más gracia que eficacia: ni una epopeya produjo este siglo de oro, porque las tradiciones de la edad media y del Cristianismo estaban relegadas al olvido como poco á propósito para aquella extraordinaria tersura; en aquellos pacíficos trabajos faltaba la inspiración que había animado en su rusticidad á los romanceros y trovadores. Sin el sentimiento de la naturaleza, teniendo solo presente el mundo abstracto, no la realidad, las figuras generales, no los individuos, ¿cómo era posible que se elevasen hasta el punto de ser líricos?

Juan Bautista Rousseau escribió odas con elegancia y arte, en diferentes metros, pero desprovistas de entusiasmo. Por encargo escribió también himnos sagrados y epigramas obscenos, que él llamaba los *gloria patri* de aquellos; pasó su vida en los cafés y en las antecámaras, debiendo cuanto produjo al trabajo, y nada á la inspiración; en una carta que escribió á Brossette confiesa que « la expresión es la que hace al poeta, no el pensamiento, que pertenece al filósofo y al orador. » Su época le llamó grande, la nuestra el menor lírico de la edad menos lírica; nunca acertó á elevarse sino con ayuda de pensamientos ajenos que se apropiaba con notable descaro. Sus mejores obras son las devotas; fué citado ante los tribunales como libelista, y condenado por sobornador de testigos, y en el destierro acabó de echarse á perder, muriendo á los treinta años, después de reconocer sus errores.

Quizá es el mayor poeta de aquel tiempo Juan La Fontaine, de Chateau-Thierry. Mal educado, se ensayó en varios géneros; el hacendista Fouquet le asignó mil francos, á condición de que cada tres meses le diera una composición en verso, por lo que se habituó á componer cuanto de él se exigiera, canciones, poemas y dramas. Estas inspiraciones subvencionadas lo hicieron el ídolo de todos los círculos, en los cuales figuraba como agudo, pero bondadoso, aficionado á las mujeres y á no hacer nada. En esta feliz situación le sorprendió la caída de Fouquet, y ya sin amparo, se dedicó á hacer fábulas, cuya primera colección publicó á los cuarenta y tres años. ¿Quién no las creería obra de un ingenio joven y lleno de espontaneidad? Sin embargo, suprimió muchas y corrigió otras, pues del primitivo original del Zorro, las *Moscas* y el *Puercoespín* apenas se hallan dos versos en esta edición. Pero eran una tentativa, como cuanto hasta entonces había escrito malgastando el tiempo y el ingenio, porque ni él

J. B.
Rousseau.
1670-
1741.

La
Fontaine.
1621-93

llegó á comprender su superioridad, ni acaso á nosotros nos es posible apreciarla. Continuando su tarea sobresalió en la fábula, porque comprendió que se adaptaba á todos los géneros y tonos, y deduce la moral de la idea, no de la forma que le da. El estilo es su principal mérito, si bien peca á veces de empalagoso y sencillo, abunda en digresiones y ripios y cansa; no pretende ser original, y de aquí que sean copias todas sus fábulas y novelas, que valen menos, pero observó fielmente y por sí mismo á la naturaleza humana, que pone en acción bajo la máscara de animales y de plantas, mostrándola por todos sus lados, con malignidad cómica ó ironía agradable, tanto más viva cuanto más sencilla é inocente; hace reír y sin embargo conmueve; se burla, y sin embargo inclina á la compasión, é inspira un noble despecho contra las injusticias sociales que la costumbre hace mirar con indiferencia. Su ingenuidad es inimitable, y ninguno más conocido que él por las verdades proverbiales en que abunda, y la espontaneidad con que las expresa. Su siglo no le apreció en lo que valía. La Sevigné apenas le cita, y nunca Boileau; pero Molière decía: *No nos riámos de un hombre que vivirá tal vez más que todos nosotros*: La vejez no corrigió el cinismo de su juventud, hasta que la amistad de la señora de Hervart le llamó al arrepentimiento.

A todos estos escritores dispensaba elogios ó colmaba de vituperios Boileau (Nicolaś Despreaux) de Crosne, que una vez perfeccionado el armonioso modo de decir de Malherbe, se erigió en irrecusable dictador, en tanto que la poesía apacentaba rebaños en el Parnaso. La suya no es notable por el sentimiento; razona, escarnece, cuida de las perifrasis, pero no hay que buscar en ella piedad, ternura ni generosidad; hace sonreír á veces, causa admiración, pero no hace sentir nunca. Su arte estriba en las particularidades, y amontona párrafo sobre párrafo, suceso sobre suceso, pero sin conexión; al fin de cada frase reposa, no solo del trabajo material del verso, sino del sentimiento que le anima; y si me es permitido decirlo, su inspiración padece de asma. Él mismo confiesa que no se dejaba guiar del estro para escribir, sino que entre verso y verso dejaba pasar cierto tiempo y que para cerrar un hemistiquio era muy escrupuloso: á veces adoptaba el plan seguido por otros, que arreglaba á su manera, con ideas y estilo de su época. Inspirábase tan poco en la contemplación de la naturaleza, que iba á buscar á un bosque una palabra que se le había perdido (1), y en medio de la tranquilidad de una selva venían á atormentarle la armonía, el ritmo y la cesura (2). Esto contribuyó á que

(1) « Je trouve au coin d'un bois le mot qui m'avait fait. »

(2) Dans ces tranquilles bois pour eux (les poetas) plantés

[expresés,
La cadence aussitôt, la rime, la césure,
La riche expression, la nombreuse mesure,
Sortières dont l'amour sait d'abord les charmer,
De fatigues sans fin viennent les consumer.

Boileau
1636-
1711.

á los cuarenta años se esterilizase su genio y pasase los veinticinco que le restaban de vida, ó en silencio (1), ó elaborando lentamente composiciones que tuvo por prudente no publicar. El *Lutrin*, que es una de sus obras en que se encuentra más poesía, es superior al *Cuborobado* (de Tasso), por la feliz aplicación de los pasajes clásicos, la continua delicadeza y la notable corrección, pero le cede en concepto, pues no pueden excitar interés aquellos cánonicos que vienen á las manos por una cuestión de coro, ni ofrecer variedad las costumbres prosáicas y celosas de héroes semejantes.

Boileau, pues, representa al sentido común desprovisto de grandeza, y por lo tanto á propósito para la sátira y la prescripción de preceptos. La incertidumbre y los sacudimientos, penosos pero no sangrientos de la Fronza, habían acostumbrado al pueblo á la sátira política, y Boileau logró hacerse de moda, atacando las ridiculeces más bien que los vicios. Sus siete primeras sátiras le presentaron como consumado versificador que no sacrificaba al verso la pureza de la expresión; y adoptando un estilo medio, esquivó el rigor de la crítica, que no podía exigir más. En la *Poética* declaró guerra á los vicios literarios dominantes. Y ciertamente, nada se presta tanto á la sátira como el entusiasmo y la fantasía, y Boileau apelando al buen sentido, redujo la poesía al tono llano, auxiliado por el carácter de sus contemporáneos, que respirando la atmósfera de la corte, debían adoptar su elegante media-

(1) Es preciso seguir á Boileau á su retiro de Auteuil para poder conocerle mejor: es preciso observar lo que hace y lo que deja de hacer cuando apenas contada treinta años, abandonado á sí mismo, débil de cuerpo, pero sano de alma, en medio de una campiña risueña, para juzgar con mayor verdad y acierto sus producciones anteriores, y marcar los límites de sus facultades. Y ¿deberemos decirlo? En tan larga permanencia en el campo, víctima de las enfermedades del cuerpo que purificando el alma, la disponen á la melancolía y á la meditación, ni una palabra brotó de sus labios, ni una línea, ni un verso trazaron sus manos que revelase la más mínima emoción, el sentimiento ingenuo y verdadero que inspiran la naturaleza y el campo. Cuida de la salud, trata á sus amigos, juega á los dados, y habla después de beber acerca de las novedades de la corte, ó de la Academia; escribe á Racine que despierte su recuerdo en la memoria del rey y de la Maintenon, y le anuncia que está escribiendo una oda « en la que » se aventura á hablar de muchas cosas nuevas, hasta de la « pluma blanca que el rey lleva en el sombrero. »

Boileau no es poeta, si este título se da solo á los ingenios dotados de gran imaginación y gran alma; no obstante, su *Lutrin* revela en talento capaz de invención y de bellezas pintorescas, aunque mal repartida. Es un talento sensato y delicado, pulido y mordaz, poco fecundo, y brusco pero agradable; observador religioso del buen gusto, buen escritor en verso, dotado de una corrección exquisita y un donaire ingenioso; fué el oráculo de la corte y de las letras de su época como era necesario para agradar á Patru, á De Bussy d'Aguesseau, la Sevigné, Arnauld y la Maintenon, para imponer á la juventud de la corte, para tener contentos á los viejos, y ser tenido por un hombre de bien y de gran mérito. Es el poeta autor que sabe hablar y vivir, pero que nunca miente, que se irrita ante la idea de lo falso, que se entusiasma ante lo justo, y que tal vez por un sentimiento de equidad literaria llega á una especie de enternecimiento moral y de fúlgida irradiación, como se advierte en la carta que dirigió á Racine. Este representa el lado sensible y voluptuoso de Luis XIV y de su corte, Boileau la gravedad constante, el buen juicio acompañado de la nobleza, el régimen decoroso, etc. SAINT-BEVRE, *Critiques et Portraits*.

nia. Atacó á los malos poetas y á los versificadores continuamente enamorados (1), sin otra intención tal vez más que la de hacer reír á su costa al rey y á la sociedad culta; pero ¿qué triste es el destino de los que se creen llamados á desempeñar el oficio de cómitres! En Chappellain, en Benserade y en la Scuderi advierte verdaderos defectos, y aunque conoce su origen, no sugiere los remedios convenientes. Son malos; luego solo son buenos los antiguos y los que los imitan; para él no existe la edad media ni el renacimiento italiano; recuerda que la dramática francesa nació de los que representaban misterios, y se congratula de que al fin « la devota imprudencia » se haya corregido, y de que « expulsados estos doctores sin misión, vuelvan á aparecer Héctor, Andromaca é Ilión. » Sin embargo, la mejor tragedia de su tiempo es el *Polieucto*. Tiránico en las sentencias y á veces caprichoso en los preceptos, aconseja que se haga el segundo verso antes que el primero para que no parezca forzado, con una crítica siempre negativa indica los defectos, previene los extravíos, pero no siente profundamente, ni su imaginación se exalta nunca; una rima feliz le entusiasma más que un concepto elevado y prefiere la burla al sentimiento íntimo de lo bello. Mas regular que Horacio, le cede con mucho en la seguridad de los rasgos. Aquel parece que escribe jugando; en Boileau se comprende lo que ha trabajado: no es imparcial porque no habló de La Fontaine, y confundió á Corneille con Chappellain; sin embargo, animaba á Racine cuando el público no comprendía la *Atalia* ni la *Fedra*, y alentaba á Molière asegurándole que siempre agradaría su *encantadora ingenuidad*.

La elocuencia de foro quedó á gran distancia de la dignidad de la eclesiástica, porque, viniera ó no á propósito, se atestaban los discursos de erudición, de alusiones mitológicas, de descripciones prolizas, y de versos, dándolos siempre el tono de apóstrofe, y pronunciándolos con el puño apretado y con no vista arrogancia. Fueron muy ensalzadas las tres arangas que Pelisson dirigió á Fouquet, medio jurídicas y medio políticas, imitadas de Cicerón, pero sobrias en adornos y arte. Excelentes las hizo Patru, sobre la idea de los discursos privados de Demóstenes, de Lysias y en particular de Iseo, despojadas de vanos adornos, figuras y sentimentalismo, entrando de lleno en la materia sin preámbulos, pues como las dirigía al parlamento, es decir, á personas cultas y versadas en las sutilezas de la abogacía, no reparaba en las palabras y exponía con claridad, sin énfasis ni descompuestos movimientos. Mas exaltación se advierte en Maistre, tan famoso en Port-Royal, el cual, atento al auditorio y á la gloria, expone bien los hechos,

(1) Faudra-t-il de sens froid, et sans être amoureux
Pour quelque Iris en l'air faire le langoureux,
Lui prodiguer les noms de soleil et d'aurore,
Et toujours bien mangeant, mourir par métaphore!

SAT. IX.

Elocuencia del foro.

pero abusa de las citas, arguye y divaga ignorando que la fuerza estriba en la sencillez. Sin embargo, estos oradores carecían de pueblo, sin el cual no hay elocuencia posible.

El retrato de esta época se halla con gusto en los moralistas. Carlos Saint-Evremond, noble de la Normandía, que tomó parte en todas las guerras de su tiempo, durante su larga vida se creó una reputación en el gran mundo de Francia y de Inglaterra, cortejando á las damas y en particular á Hortensia Mancini, duquesa de Mazariño, sin ponerse en ridículo á pesar de las canas. Á esto, mas bien que á otra cosa, debió la fama que alcanzaron sus escritos, siempre frívolos, pero claros y presididos por un juicio recto. Correcto sin fantasía ni sensibilidad, encerrado en una tranquila indiferencia, se mofa de las pretensiones de la Academia, de querer imponer leyes á la lengua, retrata con agudeza la fastuosa y altiva nobleza y escarnece las incesantes disputas que sostenían entre sí jansenistas y Jesuitas; independencia por cierto bien extraña en su siglo. Un quidán, refiere, se unió á los primeros, porque un jesuita varió de dirección la pistola con que iba á hacer fuego sobre su rival, pero no tardó en abandonarlos porque un abate cortejaba á una dama de quien él estaba enamorado. A veces sus burlas vuelan mas alto, caen sobre cosas sagradas, pero nunca da en la incredulidad, aunque dice: « El mas devoto no puede decir que creará siempre, ni el mas impío que no creará nunca » En las *Reflexiones sobre los diversos genios del pueblo romano*, razonó acerca del gran pueblo con una facilidad desconocida. En una palabra, Saint-Evremond es uno de los representantes del buen gusto de aquella época de reacción contra el entusiasmo; pero las burlas le granjearon frecuentes disgustos, que soportó con epicúrea alegría.

« Libro triste y desconsolador, especialmente para la juventud que no quiere ver al hombre tal cual es » llama Rousseau á las *Máximas* del Parisiense Francisco de La Rochefoucauld. Tomó este una parte muy activa en las contiendas de la Fronda, y las mezquinas ambiciones y los estudiados sacrificios que vió desarrollarse á su sombra, así como las ampulosas frases que tendían á proteger intereses insignificantes y personales, le habituaron á ver en todo fines ulteriores y motivos bajos hasta en la virtud; y del espíritu caballeresco de sus primeros años descendió á la fría moral de sus *Máximas*, que giran siempre sobre el tema *El amor propio es el motor de las acciones*. Flor de la corte de Luis, hizo algunas observaciones sin pedantería, aunque no las expone con ilación; de modo que el filósofo goza inquiriendo el encadenamiento que él no establece; el hombre de mundo ve allí retratada su habitual indolencia intelectual, el literato admira la brillantez, precisión y delicadeza de la frase, que con tal vigor llena su objeto, siquiera deje mucho que adivinar á la penetración del lector: el propósito de ser conciso le hace algunas veces caer en la oscuridad, y otras, por

Moralistas.
Saint-Evremond.
1613-1703.

La Rochefoucauld.
1613-80.

ser epigramático es cándido. En cuanto al fondo, peca por generalizar demasiado, y cree un arcano de la naturaleza humana lo que solo es un secreto de partido; sin embargo, no disgusta como Hóbbes, porque no ataca á la virtud sino en cuanto la reputa fingida; y al llegar á cierta edad, con harta frecuencia exclama el hombre al leerle: *Tiene razon*.

Esta misma idea de la miseria de las cosas humanas dominaba en otros á causa de sus ideas religiosas; y Pascal en sus *Pensamientos* juzga al hombre con una severidad que se creeria misantropía, á no dar por remedio la Gracia. Nicole, con jansenista austeridad, predica mas bien que aconseja, razona mas bien que conmueve; pero ni sus *Juicios temerarios*, ni sus *Medios de conservar la paz*, ni su *Armonía entre el amor propio y la caridad*, consideran con delicadeza ningun punto nuevo, ni penetran en lo recóndito del corazón (1).

Si La Rochefoucauld calumnia á la especie humana, La Bruyère (Juan de Dourdan) murmura de ella en los *Caractères*, empleando colores sombríos, pero sin arte, aunque nunca se vale del sarcasmo. Coloca al frente de sus obras los *Caractères de Teofrasto*, sin duda para dar á conocer lo que le aventajaba, y en efecto (sin tener presente las diversas condiciones de la política, la religion y la sociedad) el Griego apenas se para á examinar, y á veces juzga en masa y no por individualidades vigorosamente trazadas; La Bruyère presenta de vez en cuando individuos, mas bien que tipos, pero siempre con gran acierto, y los hiere en su parte vulnerable sujetándolos á multiplicadas y siempre recientes aplicaciones. Hombre de buen sentido y depurado gusto como sus grandes contemporáneos, con ayuda del estilo, la facilidad de la expresion, la docilidad y concision de las frases y las imprevistas antítesis, penetra y comprende cuanto interesa al alma, retratando y clasificando variadamente las indecibles gradaciones de los afectos humanos.

Deben clasificarse estos dos entre los moralistas, los escritores de *Memorias*, escritas con el inimitable espíritu que distinguió á aquella sociedad. Además de los que hemos citado, el cardenal de Retz escribió las suyas animando su relacion como actor del drama que describe con excelentes caractères, observaciones sutiles, rasgos de genio y originalidad de expresion. El duque de Saint-Simon, cáustico y profundo, observó por espacio de sesenta años la corte y la sociedad, y mientras los demás nos ofrecen la admirable regularidad del reinado de Luis XIV, él presenta su confuso movimiento, pues la

(1) *Jamais le cœur humain n'a été mieux analysé que par ses messieurs*. SÉVIGNÉ, Carta 82ª. Frecuentemente vuelve á hablar de ella, y por ejemplo en la 94ª: « Voyez comme il » fait voir nettement le cœur humain, et comme chacun s'y » trouve, et philosophes et jansénistes et molinistes, et tout » le monde enfin: ce qui s'appelle chercher dans le fond du » cœur avec une lanterne, c'est ce qu'il fait; il nous découvre » ce que nous sentons tous les jours, et que nous n'avons pas » l'esprit de démêler, ou la sincérité d'avouer. »

La Bruyère.
1644-98.

Fontenelle.
1657-1737.

Saint-Simon.
1675-1755.

primitiva constitucion estaba comprimida pero no abolida, y las formas sobrevivían al espíritu. Sin dejarse deslumbrar por el gran rey, ni corromper por la regencia, se inclina á los jansenistas, pero no los quiere en el parlamento; repugna el absolutismo, pero no concibe mas libertad que la aristocrática; no ve mas que la corte, y cree que solo con ella y por ella puede ser feliz la nacion. Se complace en recordar que Voltaire fué hijo del notario de su padre, y que le ha visto muchas veces llevarle documentos á firmar; lo examina todo con prolija atencion, su malignidad le sirve para adivinar las cosas aunque las exagera; presenta, en fin, una coleccion de cuadros admirables, desde el rey al paje, desde el general al confesor, desde el pío Fenelon al obsceno Dubois; y á pesar de que mezcla los colores, se distinguen bien, y pinta con tanta mayor franqueza cuanto que estaba decidido á no publicar nada durante su vida (1).

Estas son las verdaderas novelas de Francia y estas sus historias; pues por lo demás, exceptuando á Bossuet, no alcanzó aquel país gran nombradía ni en este terreno ni en el de la imaginación.

El último representante de aquella época fué Fontenelle (Le Bovier de), natural de Ruan, uno de los escritores de mas larga vida que conocemos, pues fué contemporáneo de tres generaciones. No es un grande escritor, evita los errores á que pueden conducir las preocupaciones y las pasiones, pero no hubiera podido concebir ni desarrollar un trabajo importante. Su mejor obra son los *Elogios*, que, como secretario perpétuo, hacia de los académicos que morían; y aunque no están exentos de la admiración, que era una enfermedad de aquella época, contagiosa en las academias, expone con una sencillez que se asemeja á la verosimilitud; además poseía todos los conocimientos superficiales y profundos que se requieren para semejante cargo, y el buen juicio necesario para huir de la afectación que otros creen inevitable. Fenelon habia escrito *Los Diálogos de los muertos*, que tenían por objeto primordial, como sus demás obras de educacion, la moral, pero eran sólidos; no perdonaba á los reyes difuntos sus vicios, pues de este modo queria corregir los de los reyes que aun vivían. Fontenelle en los suyos es muy dado á todo lo extraordinario y paradójico; busca con mas afan que Luciano los contrastes, uniendo á personas que en la vida habian estado completamente separadas; iguala las cosas que ménos se prestan á la paridad y nunca le faltan disculpas nuevas: este afan de novedad le condujo mas de una vez al sofisma, y casi nunca respetó las razones del gusto.

Sirvió de precursor al siglo siguiente al ensalzar á cierta parte del mundo que quiere con

(1) La primera edición de sus *Memorias* se hizo en 1789, en Londres, en tres tomos que contenían trozos escogidos y otros cuatro de suplemento, de modo que se resentían de confusion e inconexión, hasta que por fin en París se completaron y publicaron en 1821-31. (21 tomos en 8º.)

poco tiempo y escasa fatiga conocer los arcanos de la naturaleza y de la antigüedad; pretension arriesgada, á mi modo de ver, en atencion á que á las obras científicas el único ornato que les sienta bien es la claridad, el orden y la precisión. Por esta razon amenizó el asunto de la *Historia de los Oráculos*, que tan enojosa hizo Van Dale. En las *Conferencias sobre la pluralidad de los mundos*, sostuvo con facilidad una opinion conocida ya y predicada, no solo por Campanella, sino por el cardenal de Cusa (1). Adopta por base los torbellinos de Descartes, aunque ya habian sido proclamadas las mayores verdades astronómicas, y de cuando en cuando condesciende con el escepticismo naciente. En vano se buscaria en él la profundidad de los diálogos de Galileo; pero seduce por lo extraordinario y maravilloso de su doctrina, y porque hace comprensibles las cosas mas abstrusas, proporcionando medios fáciles de parecer instruido, cosa que halagó á la negligente vanidad. La mezcla de la ciencia con la galantería estaba muy en moda en su época, y los cumplidos que dirige á su dama pudieran creerse necedades, si ella no mostrase que los merece por las excelentes objeciones que hace.

Creció su fama á medida que iban desapareciendo los grandes escritores, y que el talento sustituía al genio; y si, frío por deliberado propósito, juzgó erradamente las obras de sentimiento y de imaginación, sin embargo, aunque faltó de genio, formó una escuela que influyó sobre la generacion sucesiva, aplicando el arte del estilo á la ciencia, y la duda filosófica á las bellas letras. Recordamos con gusto que decía: « Nací Frances, he vivido cien años, » y muero con el consuelo de no haber ridiculizado en lo mas mínimo la mas pequeña » virtud. »

CAPÍTULO XIV

Lenguas muertas. — Crítica.

Algunos escritores, pues, se decidieron por la naturalidad, procurando retratar á la sociedad con su propio estilo: otros mejoraron este mismo estilo con el estudio de que hacían gala; pero unos y otros convinieron en la veneración hacia los clásicos, y conformes en los principios del arte, no disputaban sobre la ventaja de este ó de aquel modelo, sino que los estudiaban; la razon dictó leyes á la fantasía, y el arte se cifró en el modo de expresar las ideas mas universales con el lenguaje mas perfecto. Aunque la preponderancia de las lenguas vivas apartaba del cultivo y uso de las muertas que entraban

(1) « Suspicamur, in regione solis magis esse solares claros et illuminatos intellectuales habitatores, spirituales etiam quam in luna, ubi magis lunatici, et in terra magis materiales et crassi, ut illi intellectualis naturæ solares sint multum in actu et parum in potentia, terreni vero magis in potentia et parum in actu, lunares in medio fluctantes, etc. » Cusanus apud WILKINS, pág. 103 (edición 1802).